

bam
bú

NÚRIA PRADAS

EL
CANTO
DEL
CISNE



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2022, Núria Pradas, por el texto
© 2023, Roser Vilagrassa, por la traducción
© 2023, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Ignasi Font
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2023
ISBN: 978-84-8343-948-7
Depósito legal: B-12993-2023
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión
de este libro procede de bosques
gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si ne-
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).

Prólogo

Madrugada del sábado, 30 de marzo de 2019

Lago Bosbaan en el Amsterdamse Bos de Ámsterdam.
Aaron.

Le gusta este parque desde que era pequeño. El Amsterdamse Bos es una maravilla. Ha venido infinidad de veces, pedaleando los cuatro kilómetros que lo separan del centro de Ámsterdam. Ha recorrido todos sus rincones. Ha navegado con las barquitas de alquiler por el lago Bosbaan. Como hoy.

Hace un día bonito, aunque frío. Ahora que el sol empieza a esconderse, la temperatura ha caído en picado. Tiene un escalofrío, pero no sabe si es por la temperatura. El lago se ha vaciado de barcas. Se queda mirando las nubes que corren por el cielo, oscuras, persiguiéndose las unas a las otras, juguetonas.

Ha superado todas las pruebas. Los administradores están contentos. Y, por lo que le han dicho, ÉL está orgulloso y Aaron es un ejemplo para su hermano. Ha escrito que no todo el mundo tiene el valor de llegar hasta el final con tanta valentía y destreza. No obstante, ahora queda la prueba más dura.

La última.

La definitiva.

Aaron saca el móvil del bolsillo de la chaqueta. El pequeño movimiento de su cuerpo provoca un leve balanceo en la barca. Las aguas eternamente silentes no protestan. Pero ha sentido una punzada en el corazón.

Cuando se calma, busca los últimos mensajes del chat del grupo de WhatsApp. No le hace falta repasar las instrucciones, marcadas de sobra en el cerebro. Pero pasar los ojos por la pantalla lo tranquiliza.

En cuanto termina de revisar los mensajes del grupo, busca el chat de su hermano.

No te olvides de comprar el pan al salir de clase.



Le ha escrito hace horas. De pronto, estas palabras lo invaden de una ternura desconocida que no es capaz de identificar. Pero intuye que lo que siente podría alejarlo de su objetivo.

No se puede distraer. El tiempo se acaba. Escribe en el chat del grupo:

Ya nada tiene sentido. Fin.



Se hace un *selfie* rodeado de la soledad del lago, que empieza a teñirse de un azul oscuro casi negro. Su dedo índice se queda unos segundos en el aire, indeciso. Finalmente, le da a la flecha de enviar. Sabe que deben difundir todo lo que

hacen. Igual que han hecho los que lo han precedido. Igual que harán los que vengan después.

Ya está, no hay marcha atrás.

Vuelve a guardarse el móvil en el bolsillo.

Se levanta y se inclina hacia delante. La barca se mueve inquieta.

Y se lanza al agua.

PRIMERA PARTE

«Vendrá la muerte y tendrá tus ojos».

CESARE PAVESE

Madrugada del sábado, 6 de abril de 2019

Interior. Sala de estar de un piso de estudiantes: pequeña y desordenada. Mía y Greta vienen de la calle. Parece que discuten.

— ¡Me pongo como me da la gana!

Mía grita fuera de sí. Entra en la sala. A través de la estrecha ventana que da a una calle tranquila del barrio de Sant Andreu, se filtra el ruido de un tráfico distante y el leve resplandor de la luna. La chica enciende las luces y todo adquiere un tono amarillento. Casi sucio.

Está muy enfadada; tiene los ojos inyectados de rabia y le tiembla el cuerpo. Tira el bolso sobre el sofá destartado.

— No sé qué te pasa, Greta.

Intenta calmarse, pero le sale un timbre de voz agudo que la traiciona.

— Estás rara. Ya hace tiempo. Y lo de esta noche... ¿Qué querías, chafarme el plan? Pues lo has conseguido, guapa.

Mía se da la vuelta para adentrarse en las tinieblas del estrecho pasillo. La puerta de la habitación chirría. Cuando vuelve a aparecer en la sala de estar, va descalza y lleva una camiseta enorme que le llega a las rodillas. Luego, sin dignarse

a mirar a su amiga, se dirige a la cocina, saca de la nevera un cartón de leche y vuelve a salir con un vaso lleno en la mano. Se sienta en el sofá; mejor dicho: se deja caer. Se bebe la leche a sorbos mientras mira a Greta con los ojos enrojecidos, sin intención de atenuar esa rabia convertida en palabras que sigue saliendo de su boca.

–Tú lo tienes todo, ¿no te das cuenta? Eres guapa. ¡Guapa no, eres impresionante! Cuando vamos juntas, atraes todas las miradas. Las acaparas todas...

No escucha lo que le responde Greta, que se ha sentado a su lado. No la deja acabar.

–... tienes todos los novios que quieres. Si quisieras, podrías tener dos o tres a la vez. ¿Qué digo? Podrías escoger uno para cada día de la semana.

Hace una pausa absolutamente teatral, con suspiro y todo.

–¿Por qué? ¿Por qué, Greta? ¿Por qué me has tenido que hacer esto? Has visto que un chico se me acercaba, que estábamos a gusto, y has tenido que interponerte. ¿Por qué? ¿De verdad te crees que me trago que te encuentras mal y que querías que te acompañara a casa?

Calla un momento, solo para coger más fuerza.

–¿Tanto te molesta que alguien se fije en mí y no en ti?

Mía es un torrente desbocado. No tiene freno. Nunca le había dicho nada igual a Greta. Nunca se había enfadado así con ella.

–¿Tienes que dirigir siempre mi vida? ¿Tienes que dirigir siempre la vida de todo el mundo?

Lo suelta y vuelve a callar. Permanece unos segundos en silencio. Luego murmura algo para dentro. Como si Greta no estuviera allí.

Mía siente el abrazo de Greta y, con los ojos cerrados, se deja llevar. Un respiro. Una tregua. Pero el abandono al cariño dura apenas unos instantes. De pronto da un respingo, se deshace de los brazos de su amiga y se levanta del sofá como si le pinchara. Sube la voz, que vuelve a ser aguda y chillona.

—¡Déjame en paz!

Después del grito, el silencio que nace entre las dos amigas es como una neblina viscosa. Es peor, más crudo que cualquier palabra, que los reproches. Mía tiene ganas de hacerle daño. Está rabiosa. Es como un río desbordado.

Da media vuelta y regresa a la habitación. Pero, antes de desaparecer por el pasillo, se vuelve hacia Greta lentamente. Tiene los ojos empañados y de los labios se desprende una mueca de desprecio.

No puede frenar las palabras.

—Ojalá te murieras ahora mismo.

Mañana del sábado, 6 de abril de 2019

Exterior. Parque de la Pegaso.

Mía. Policías. Gente.

Y un bulto en el suelo.

Mía ve de lejos el bulto desmañado del suelo. En el aire flota cierta magia moribunda. Se percibe un silencio extraño que lo inunda todo y que nada tiene que ver con las personas y el movimiento de la escena. Un hombre en un mono blanco con capucha y con mascarilla hace fotos. ¿Por qué? Mía no lo entiende. El cerebro no descodifica lo que le muestran los ojos. No puede ni parpadear. Le tiemblan las piernas. El aire martillea insistentemente en sus oídos el nombre de su amiga.

Greta...

Greta...

Greta...

Se aproxima. El fotógrafo entorpece la visión del cuerpo, pero Mía tropieza con un zapato que, plantado, solitario y vacío, espera no se sabe qué ni a quién. Es un zapato negro, el del pie derecho, de terciopelo, con una plataforma muy alta.

Es su zapato.

El de Greta.

No. ¡No puede ser!

Nota cómo se le revuelve el estómago.

Junto al cuerpo hay otras dos personas. A pesar del mono y la mascarilla, se adivina que son un hombre y una mujer. O se adivinaría si Mía percibiera su presencia. Contemplan con indolencia al agente que hace fotos y, luego, al que cubre el cadáver con un plástico blanco. Un plástico blanco convertido en mortaja.

La mujer del mono se vuelve hacia ella y le habla con la voz distorsionada por la mascarilla.

–¡Oye! ¿No has visto las cintas de plástico? No se puede pasar. ¿Qué haces aquí?

–¿Está... está...?

Mía no se atreve a pronunciar la palabra *muerta*.

En ese momento, una ráfaga levanta el plástico y ante sus ojos se revela la palidez que cubría. El rostro conocido, querido, con un hilillo de sangre que cae por la sien, aparentemente insignificante, confirma el peor de sus presentimientos.

–¡¡¡Greta!!! –grita.

–¿Cómo dices? ¿La conoces? Escucha...

No. Mía no escucha. Se inclina hacia delante y vomita.

Lo vomita todo.

Hasta el alma.

Mediodía del sábado, 6 de abril de 2019

Interior. Una sala de la Comisaría
General de Investigación Criminal. Mía.
Inspectora Bermúdez. Subinspector Grau.

Mía se queda mirando el vaso de agua que la mujer le acaba de poner delante. El agua es limpia, transparente. Como la del canal del parque de la Pegaso que tanto les gustaba. No. Que le gustaba a ella. A Greta no.

Ya no.

La proximidad del parque a su piso de Sant Andreu fue una de las cosas que las llevó a alquilarlo en vez de otro que habían visto más cerca de la facultad. Recuerda la primera vez que fueron. El parque infantil: bullicio y risas a raudales. Y alguna que otra llorera. Los bancos de ladrillo para la gente mayor, a la sombra de las palmeras. Y el canal que se adentra en el parque hasta el paseo con pérgola, donde el riachuelo escurridizo se convierte en un lago quieto. Allí, en uno de los extremos del parque, el que limita con la calle del Pegaso, es donde han hallado muerta a Greta.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunta la mujer, seca.

Es la misma que la ha increpado en el parque; la policía del mono blanco y la mascarilla. Pero ahora va vestida normal.

–No –responde Mía, sincera, y se la queda mirando sin verla, jugando nerviosa con las manos.

La mujer carraspea, incómoda.

–Soy la inspectora Bermúdez, de la DIC.

Se hace un silencio. La inspectora carraspea más fuerte.

–La DIC. La División de Investigación Criminal –aclara, y parece que su rostro adusto se relaje por primera vez–. Intentaré llevar todo esto a buen puerto.

–¿El qué?

–Esto... Este crimen.

Mía hace un gesto extraño con la boca y contiene el llanto. Recuerda, como si fuera después de un sueño (de una pesadilla, sería la expresión más exacta), que la mujer la ha hecho entrar en un coche de policía. La radio no dejaba de vomitar desgracias con una voz metálica entre interferencias. La han llevado a esa especie de ciudad formada por cubos herméticos con celosías de aluminio. Ha seguido a la policía a través de pasillos y más pasillos y, por último, la ha dejado sola en esta sala gris y fría de la que observa ahora cada detalle sin ser capaz de asimilar lo que sus ojos le muestran porque tiene congelada la imagen de Greta en las retinas. Su Greta. Guapa. Joven. Risueña.

Muerta...

La inspectora, próxima a la cincuentena, se aleja mucho del estereotipo de mujer policía con glamur que aparece en las películas. No lleva un traje elegante, sino camiseta y vaqueros. Es baja, de constitución fuerte, y tiene cara de mala leche y gesto de poca paciencia. Parece que esté empleando la poca que le queda en esperar a que Mía diga algo. Dentro de su cabeza, su cerebro trabaja a todo tren para intentar recom-

poner las pocas piezas que tiene de este nuevo rompecabezas. Porque cada crimen, cada caso sin resolver, es un rompecabezas. Un reto. De momento tiene una joven asesinada en un parque (mala cosa) de un tiro en la cabeza, para más detalles. Claro, y también a esta otra chica, la que dice que conoce a la muerta, pero está medio catatónica. En plan zombi.

A la inspectora Bermúdez los jóvenes no le caen bien. Las hormonas desbocadas de la juventud la irritan. No los entiende. No entiende por qué, para divertirse, tienen que beber hasta la inconsciencia. O drogarse. No entiende ese espíritu de autodestrucción cuando su vida solo acaba de empezar. Una luz roja se enciende en su cerebro. Ha recuperado la imagen viva, clara y sonriente de Pau. Carraspea. La puerta de la sala chirría y entra un joven. Por suerte, el rostro de Pau se difumina.

El hombre que acaba de entrar, el policía que acompañaba a la inspectora en la escena del crimen, es alto, atlético, carne de gimnasio. Luce en los labios una sonrisa de anuncio. La inspectora se lo queda mirando, agradeciendo la repentina y providencial aparición que ha roto su cadena de recuerdos. Mía no repara en su presencia.

–Este es el subinspector Grau.

–Álex Grau –añade él, y extiende la mano a la chica; pero queda huérfana, en el aire.

La inspectora se sienta. Grau se sienta. Ambos miran a la chica, que se empeña en mirar al suelo.

–Ahora tenemos que hacerte unas preguntas.

Mía les devuelve una mirada vacía. No entiende nada. No deja de frotarse las manos y tiene un principio de ahogo.

–Di tu nombre completo.

–Mía Rebull Martínez.

–¿Edad?

–Dieciocho.

–¿Qué relación tenías con la muerta?

Grau se queda mirando a la inspectora con un gesto de reproche. Sabe que no es una mujer delicada, que no tiene reparos; pero ahora, ante esta joven conmocionada, bien podría haber hecho un esfuerzo y ser más diplomática, piensa disgustado.

Mía contesta con decaimiento, con una voz casi inaudible.

–Somos compañeras de piso.

La inspectora está a punto de soltar un *erais*, pero se lo piensa dos veces. El joven policía toma el relevo.

–Cuando has visto el cadáver, la has reconocido enseñada. ¿No tienes ninguna duda de quién es, entonces?

–Ninguna. Es Greta. Además, uno de sus zapatos estaba allí.

Los policías levantan las cejas a la vez y se miran perplejos.

Grau prosigue.

–Verás, no hemos encontrado nada al lado del... de la chica. Ni bolso, ni móvil, ni DNI. Nada. No llevaba encima ni un triste documento que sirva para identificarla.

Hace una pausa. Observa a Mía, que no parece escucharlo. Y añade, convencido de que no le presta atención:

–Los de la Científica no han encontrado absolutamente nada en cien metros a la redonda. De momento. Nos ayudaría mucho si nos dijeras de quién se trata. Avanzaríamos en la investigación. Bueno, si puedes. Si estás segura, claro.

–Es Greta.

–¿Greta qué más? –pregunta la inspectora.

–Greta Reventós Miró.

–¿De qué os conocíais? –pregunta el subinspector.

–Ya se lo he dicho. Somos compañeras de piso. Greta es mi mejor amiga.

Lo ha dicho con convencimiento. Con la voz más fuerte, segura de sí misma. Toma un trago de agua.

Álex Grau ha movido la cabeza con un gesto comprensivo, como si entendiera perfectamente el tobogán emocional por el que ella está pasando. La inspectora, en cambio, no. Mantiene su gesto adusto cuando le pregunta:

–¿Cómo sabías que tu amiga estaba en el parque muerta?

Mía levanta la cabeza que ha mantenido agachada todo el rato que han durado las preguntas. Clava los ojos en Bermúdez.

–Yo no sabía que estaba muerta. ¡No lo sabía!

Los policías callan, aguardan a que la angustia contenida en el pecho de la joven se convierta en palabras.

–Me han llamado. Era una voz extraña. Yo estaba durmiendo y el móvil me ha despertado.

–¿Una llamada? –dicen a la vez los dos policías.

–Sí. Una voz como... como de robot. Me ha dicho: «Si quieres ver a Greta por última vez, corre al parque de la Pegaso, junto al lago».

–¿Y tú qué has hecho? ¿Has ido enseguida? –pregunta el inspector Grau.

Mía niega con la cabeza.

–Tengo muy mal despertar. Ha pasado un rato largo... demasiado largo.

Una angustia más profunda todavía se extiende en su rostro. Recuerda la llamada. La voz. El mensaje. Le ha parecido

que soñaba. Se ha levantado sobresaltada de la cama. Ha mirado el móvil. La llamada era anónima. Ha recordado las palabras textuales: «Si quieres ver a tu amiga por última vez, corre al parque de la Pegaso, junto al lago».

Se ha pasado las manos por la cara y se ha frotado los ojos. Ha ido a la habitación de Greta. Su amiga no estaba y la cama estaba hecha. Se le ha formado un nudo en la garganta que le impedía respirar con normalidad. A Greta le encanta dormir. Los sábados, más aún si ha salido de marcha, no suele levantarse hasta el mediodía. En cambio, hoy ya ha salido. Incluso ha tenido tiempo de hacer la cama, de dejar la habitación ordenada. ¿O acaso no ha llegado a deshacerla?

Un terrible presentimiento se ha ido agriando en su interior. ¿Qué ha querido decir aquella voz con eso de «verla por última vez»? Ha entendido que no hay tiempo para las hipótesis. Ha vuelto a su habitación y se ha vestido con lo primero que ha encontrado. Ha salido corriendo de casa hacia el parque. Parecía que el corazón se le iba a salir por la boca.

El recuerdo de lo que se ha encontrado al llegar le empaña los ojos. Sin poder evitarlo, se echa a llorar desconsoladamente.

—Greta está muerta. Y todo por mi culpa. Soy la peor persona del mundo.

En la sala se hace un silencio metálico, frío, agrietado únicamente por los sollozos de Mía. Los dos policías la observan serios. No pueden adivinar que en la cabeza de la joven resuenan sin parar esas terribles palabras, las últimas que dirigió a su amiga: «Ojalá te murieras ahora mismo».

Sábado, 6 de abril de 2019

Dos horas más tarde. Interior. La misma sala de la Comisaría General de Investigación Criminal. Inspectora Bermúdez. Subinspector Grau.

—**N**o está el horno para bollos. —dice la Bermúdez resolplando.

El subinspector no entiende de qué bollos le habla. ¿Siempre tiene que expresarse de forma tan enigmática esta mujer? Decide asentir con la cabeza, que siempre queda bien.

—Mientras nos llegan los resultados de la autopsia, Grau, ¿tú qué destacarías de la observación preliminar?

Álex Grau se pasa una mano por la cabeza. Aunque lleva el pelo muy corto, parece que el poco que tiene le moleste para pensar.

—Bueno...

Duda. No le gusta hablar de primeras impresiones. Sobre todo, cuando algo es tan reciente y no hay nada contrastado.

—No parece que el ataque sea sexual. No presentaba indicios de violencia y no hay pistas que apunten a una violación. Diría que la han matado allí mismo, claramente de un tiro en la sien con trayectoria de entrada y salida. En definitiva, ha sido asesinada.

–En efecto, el forense ya ha confirmado lo que dices. Ha muerto en el acto al recibir un tiro en la cabeza procedente de un arma corta. Me juego lo que quieras a que era una nueve milímetros.

–El arma más frecuente.

–La que lleva encima cualquier delincuente común.

Se miran. Inspectora y subinspector niegan a la vez con la cabeza.

–No, no se trata de un robo. Demasiado ruido para no llevarse más que un bolso y un móvil cuando podrían haberle dado un simple tirón.

Álex Grau asiente con la cabeza mientras Bermúdez desentraña las primeras conclusiones.

–Ya hemos comprobado la identidad de la chica. Tal cual ha dicho la amiga, se trata de Greta Reventós Miró. Por lo que sabemos hasta ahora, es una víctima inusual. De buena familia, universitaria, con relaciones sociales estables. Sin problemas económicos ni entorno desestructurado.

La inspectora se queda pensativa. Tiene las palabras en la punta de la lengua. Hasta que las suelta.

–A lo mejor la bala no iba dirigida a ella.

El subinspector responde rápidamente.

–Pero ¿y la llamada que recibió su amiga?

–Sí, la llamada a esta chica... ¿Cómo se llama...?

–Mía Rebull.

La inspectora se queda mirando a Grau con cara de extrañada. Como si hubiera olido un pescado muerto.

–¿No te parece que hoy en día la gente pone nombres muy extraños? Mía... Ya me dirás tú...

–A mí no me parece...

–Ya sabes lo que tienes que hacer, Grau. Registro domiciliario, evidentemente. Quiero el piso de esas chicas patas arriba. No olvidemos que la víctima vivía allí. Y también quiero que estés presente cuando llegue la Científica.

–De acuerdo.

–Intenta verificar esa llamada de teléfono a la chica. Con discreción, si puede ser. No quiero requisarle el móvil todavía. A ver si hay suerte y podemos averiguar de dónde provino la llamada que dice que ha recibido a primera hora de la mañana.

–Seguramente, de un móvil de un solo uso.

–Los *seguramentes* no me gustan, ya lo sabes...

Grau baja la vista y se come el moco que le acaba de caer...

–Quiero a la chica vigilada día y noche.

–¿Cree que podría tener algo que ver...?

Lo interrumpe.

–Yo no creo nada.

–Vale, pues enviaré a un par de policías para vigilarla.

–No vas a enviar a nadie, ¡maldita sea! Quiero que tú, en persona, no le quites los ojos de encima. ¿Entendido?

Bermúdez da media vuelta y se aleja por el pasillo murmurando algo.

Álex Grau mueve la cabeza a los dos lados. Sabe que la inspectora trabaja bien; no se equivoca nunca. O casi nunca, porque en este mundo la perfección no existe. Es una policía excepcional. Pero a veces la mataría con sus propias manos.

«Vamos, Álex; a vigilar se ha dicho –murmura para sí–. Y da gracias de que aún no te ha enviado a poner multas de tráfico».